

Escribir sin papel

Relatos



# MI MAESTRO

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en [www.escribirsinpapel.es](http://www.escribirsinpapel.es)  
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



## MI MAESTRO

Sean agradables, desagradables o ni fu ni fa, todos conservamos algunos recuerdos de nuestra infancia. Algunas personas vislumbran en su memoria aquella época con detalles extremadamente vivos, otros en cambio sólo alcanzan a recordar pinceladas inconexas, nada fundamental. Yo me apuntaré mejor a este último grupo. Muchas veces, tras la lectura entusiasmada de una novela o biografía o autobiografía que desvela esos recuerdos del propio autor o de algún personaje, me quedo pensativo, esforzando mi memoria, intentando ver en la pantalla de mis recuerdos alguna imagen. Pocas acuden. Una merienda de pan con vino frente al televisor (toros en blanco y negro); un amigo del que sólo me queda el nombre y el color de un jersey, pero cuya cara se ha evaporado; otro con cara y con tartamudez, pero sin nombre (¿le llamaban *Zanahorio*? ¿Por qué?), a lo sumo podría reunir doce o quince fugaces llamaradas, un gesto, un grito, un miedo, un nerviosismo. Casi nada.

Pero un recuerdo que nunca me ha abandonado me sucedió durante varias semanas en las aulas del colegio. Sin saber cómo, estos sucesos se grabaron en mi memoria sin que nada los haya hecho desaparecer. Tiene como protagonistas a algunos personajes de entonces con los que tuve trato exclusivamente por ser compañeros del colegio o alumno de ellos.

Uno de esos personajes que me acompañaron en mis primeros años fue un maestro, hombre por lo demás sin rasgos físicos de especial interés, cuyo recuerdo jamás me abandonó, a pesar de que no supe de él nada desde que dejé de ser su discípulo. He olvidado su nombre, pero no su apellido, Mullhauser, quizá por ser extranjero. Sé decir de él pocas cosas, aparte del suceso que en breve pasaré a describir. Sí sé que entre los alumnos suscitaba una firme sensación de respeto cariñoso. Sin saber por qué, se le quería. Y no es que él fuera cariñoso, sino más bien indiferente. Pero apreciábamos en él lo que hoy se llamaría una gran profesionalidad: daba la impresión de que sabía muy bien su oficio y de que lo ejercía con sobriedad y sin exceso ni escasez de entusiasmo. Alejado del modelo del maestro comprensivo y entrometido, conocía en cambio a sus alumnos sin errores; pero su severidad jamás provocó el miedo entre los chicos. Ni su cercanía causaba empalago ni su distancia temor.

Nos enseñaba las áreas relativas al cálculo. Su sistema era sencillo: tras explicar un nuevo concepto, resolvía ante nuestros ojos decenas de problemas, hasta que nosotros éramos capaces de resolverlos sin su ayuda directa.

Un día lo esperábamos como siempre, sentados en nuestros pupitres. Yo miraba distraído hacia una ventana. En ella se enmarcaba una franja verde en la base, que eran las copas de una hilera de álamos bien altos, y el resto era el cielo, azul unas veces, grisáceo casi siempre.

Entró el maestro, saludó como siempre y se sentó. No era habitual verlo sentado a su mesa, pero tampoco era la primera vez. Sí nos chocó sin embargo que clavara su mirada en sus libros y no la levantara en toda la clase. Explicó, habló, preguntó y contestó sin levantar los ojos. Al sonar el timbre, se levantó y, suspirando una despedida, salió del aula.

Al siguiente día, volvió a sentarse Mullhauser en su silla, bien parapetado y con la vista baja. A eso sumó un nuevo recurso defensivo: toda la clase la dio con sus manos puestas sobre las cejas a modo de visera, no dejando ver su rostro. Oíamos su voz tranquila y sosegada. Pasaba las páginas del libro de problemas de aritmética. Pero no vimos su rostro, escondido tras sus finos dedos.

Por fin, otro día entró en clase con unas gafas oscuras y bien grandes. Con ellas ya se atrevió a mirarnos de frente, pero nosotros nunca más vimos sus ojos. Así nos siguió enseñando algunas semanas.

Castejón era un compañero de la clase famoso por su indisciplina y su trato camorrista con todos. Este Castejón vio en la conducta del maestro Mullhauser una fuente de inspiración para sus bromas. Cuando vio las gafas oscuras se echó a reír. Alguno le hizo caso. Aparecieron entonces las pizarras de nuestra aula y de otras del colegio escritas con frases hilarantes que bromeaban sobre el suceso. Algunas eran ofensivas y otras obscenas. Pero como los días pasaban y Mullhauser continuaba con sus gafas y persistía en su actitud de ocultamiento, hasta Castejón acabó cansándose y dejó de tomarlo a chufra.

¡Qué pena daba verlo entrar en clase, tan queriéndose proteger sin que pudiéramos saber de qué peligro! El silencio nos dominaba absolutamente. Y ese mismo silencio, que era respeto ante lo que intuíamos como un gran sufrimiento, debía de agrandar más el pánico del maestro, atribulado todavía más por la expectación que causaba. El volumen de su voz descendía. Apenas percibíamos los de la primera fila todo lo que decía. Los de atrás lo oían sin discernir las palabras.

Un día no se quitó el abrigo. Al siguiente lo trajo con el cuello subido,

cerrado con la mano de modo que no se le veía la boca.

Nosotros comentábamos lo que sucedía. Sin embargo, como transcurrían los días sin que nada ocurriera, como el maestro Mullhauser seguía explicando sus matemáticas y corrigiendo nuestros ejercicios sin aparente preocupación, llegábamos siempre a acostumbrarnos al nuevo cambio. Sus compañeros, los demás profesores del colegio, no parecían notar nada. Quizá no supieran lo que hacía, quizá ignoraran que Mullhauser intentaba anularse en las clases.

Su voz se oía cada vez menos. Comenzó a hacer largas pausas. Tres, ocho, quince minutos sin hablar, sin mirar. Luego seguía. Acabó por no hablar. A la vez, llegó al extremo de taparse con sus propios papeles, sujetados por una mano por delante de su rostro, mientras que la otra mano seguía cerrando el cuello del abrigo para tapar la boca.

En esta postura, en medio de nuestro silencio, una mañana sufrió un fuerte golpe de tos. De la sacudida, las gafas vinieron a caérsele hasta media nariz, un cristal más bajo y otro más alto. Quienes podían ver su busto desde el ángulo que se nos ocultaba con los papeles, contemplaron ensimismados su grotesco aspecto. Castejón se levantó. Con indescriptible ternura le igualó los lentes y los colocó correctamente. Se sentó en silencio. Los demás seguimos cada uno entregado a sus pensamientos en medio del aire silencioso sin la voz del profesor.